

**MENSAJE DE UN GRUPO DE MONJES CONTEMPLATIVOS AL SÍNODO DE LOS
OBISPOS SOBRE LA POSIBILIDAD DE QUE EL HOMBRE ENTABLE UN
COLOQUIO CON EL DIOS INEFABLE**

Septiembre 1967

Mientras se halla reunido el Sínodo episcopal, un grupo de monjes contemplativos se ha sentido en comunión con las preocupaciones pastorales de nuestros obispos. Pensamos muy especialmente en las dificultades que experimentan actualmente en su fe ciertos cristianos, que llegan incluso a poner en duda la nos, que la posibilidad de llegar hasta el Dios trascendental que se reveló a los hombres.

Nos pareció que, en virtud de nuestro género de vida, podíamos dirigir a todos unas sencillas palabras. Como en nombre de nuestro silencio y de nuestra soledad no queremos eludir lo que podría ser un servicio a nuestros hermanos, y en especial a aquellos que luchan para conservar o encontrar la fe en Jesucristo, las confiamos filialmente a vosotros, que sois los testigos de esta fe, los guías y los maestros de las almas, a fin de que juzguéis en qué medida nuestro mensaje podría ser útil al Pueblo de Dios y al mundo de hoy.

Nuestros títulos personales para testimoniar son muy pobres, por cierto, pero si nos permitimos hablar, lo hacemos mas en nombre de nuestro género de vida que en el de nuestras propias personas.

Por una parte, la vida contemplativa en los claustros no es más que la vida simplemente cristiana; pero vida cristiana que se desarrolla en condiciones que favorecen la “experiencia” de Dios. Podría hablarse de una especialización en la relación con Dios, que nos pone en condiciones de dar un testimonio sobre este aspecto.

Por otra parte, si el contemplativo se retira del mundo, no lo hace ni como deserción de este ni como deserción de sus hermanos: todo su ser sigue arraigado en la tierra en que nació, cuyas riquezas ha heredado, y cuyas preocupaciones y aspiraciones ha tratado de asumir. Lo hace, al contrario, para recogerse más intensamente en la fuente divina en la que tienen origen las fuerzas que impulsan el mundo hacia adelante, y para comprender a esta luz los grandes designios del hombre. En efecto, el alma recibe frecuentemente la inspiración más alta en el desierto. Es allí donde Dios plasmó a su pueblo, es allí donde lo reunió después de su falta, “para seducirlo y hablar a su corazón” (*Os* 2-16). Es allí, también, donde nuestro Señor Jesucristo, después de derrotar al diablo, desplegó toda su potencia y se preparó para su victoria de Pascua.

¿Y el Pueblo de Dios no debe acaso renacer y renovarse en cada generación a partir de una experiencia análoga? El contemplativo, que se ha retirado por vocación al desierto espiritual, tiene la impresión de haberse establecido en las fuentes mismas de la Iglesia: su experiencia no le resulta esotérica sino, al contrario, típica de toda experiencia cristiana. Sabe reconocerse en las pruebas y en las tentaciones por que atraviesan ciertos cristianos. Comprende estas penas y discierne su sentido. Conoce toda la amargura y la angustia de la noche oscura: “Dios mío, Dios mío, ¿por que me has abandonado?” (*Sal* 21[22]; cf. *Mt* 27,46); pero sabe también, por la historia de Cristo, que Dios es el vencedor de la muerte.

El mundo tiene la tentación de hundirse en el ateísmo, en la negación de ese Dios que no puede aferrarse en su nivel, que no está al alcance de sus instrumentos o de sus cálculos. Incluso algunos cristianos, impulsados a veces por la preocupación de compartir totalmente la condición

de sus hermanos, ceden ante sentimientos análogos al preconizar la necesidad de una cierta no-creencia como base de una sinceridad plenamente humana. Según algunos, no sería posible, incluso, llegar hasta un Dios que, por definición, sería trascendente, “completamente Otro”: para ser cristianos, bastaría consagrarse generosamente al servicio de la humanidad.

No dejamos de comprender todo lo atractiva que puede resultar una perspectiva como esta, aunque lleve a resultados absurdos. También el contemplativo cristiano tiene conciencia de este dato fundamental, tan anclado en la tradición mística, y según el cual el Dios que se nos reveló en su Palabra, se reveló a si mismo como “desconocido” como “inaccesible” en esta vida para nuestros conceptos (cf. *Ex* 33,20); Él supera infinitamente todos nuestros medios, así como está mas allá de todo ser. Acostumbrado a un Dios que esta “ausente” y como “inexistente” para la naturaleza, el contemplativo esta en mejores condiciones para comprender la actitud de aquellos a quienes una presentación del misterio reducida al nivel de cosa no los satisface en lo más mínimo. Pero sabe bien que Dios, sin embargo, concede al espíritu atento y purificado el don de alcanzarlo mas allá de las palabras y de las ideas.

Asimismo, el contemplativo comprende mas fácilmente que la tentación de ateísmo que experimentan ciertos cristianos puede afectar su fe de manera que a la postre resulte saludable, como una prueba que no carece de analogías con las noches de los místicos. El desierto pone nuestro corazón al desnudo; nos quita nuestros pretextos, nuestras coartadas y nuestras imperfectas imágenes de Dios, nos reduce a lo esencial, nos ata a nuestra verdad, sin ninguna posibilidad de huir. Esto puede ser beneficioso para la misma fe: porque es entonces, en el corazón de nuestra miseria, cuando se manifiestan las maravillas de la misericordia de Dios; en el corazón de nuestra pesadumbre, la gracia, la extraordinaria fuerza de Dios, “que no se despliega mas que en nuestra debilidad” (2 *Co* 12,9).

Aquí es, precisamente, donde la simpatía y la comprensión del contemplativo quisieran convertirse en palabras de confortación y de esperanza. La experiencia del contemplativo, aunque pase por caminos desérticos, con los cuales la tentación del ateísmo puede tener alguna semejanza, no es negativa: la ausencia del Dios trascendental es también, paradójicamente, su presencia inmanente. Quizás, para percibir esto, haga falta el recogimiento, el silencio, el retiro de una cierta agitación de la vida: en este sentido seríamos privilegiados. Sin embargo, todo cristiano esta llamado al gozo de Dios, y quisiéramos gritárselo a fin de ponerlo en guardia contra un cierto tedio, un cierto pesimismo que provocarían en el condiciones menos afortunadas que las nuestras, desde este punto de vista.

El Señor fue tentado en el desierto, pero derrotó al tentador. Nuestra fe tiene siempre necesidad de ser purificada, separada de las imagines y de las ideas falsas que mezclamos con ella -pero la noche de la fe desemboca en la seguridad inamisible, colocada en nuestros corazones por el Dios mismo que quiso ponernos a prueba.

La vida claustral, en si misma, atestigua la realidad de esta victoria. Atrae todavía a centenares de hombres y mujeres de nuestro tiempo. ¿Que sentido tendría, si la gracia no remediara nuestra ceguera, si no fuera verdad que el Padre, después de haber hablado “muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; Últimamente, en estos días, nos hablo por su Hijo” (*Hb* 1,1-2)? “Si sólo mirando a esta vida hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, somos los mas miserables de todos los hombres” (1 *Co* 15,19).

A decir verdad, esta experiencia es indescriptible. Pero, en el fondo, es la que Pablo, Juan y los demás Apóstoles anunciaron como la experiencia propia de todo cristiano, y la mejor manera de hablar de ella es sirviéndose de sus mismas expresiones. ¿No se trata de ese don del Espíritu, que es como un anticipo de nuestra herencia (cf. *Ef* 1,14), de este Espíritu por el que el amor fue expandido en nuestros corazones (cf. *Rm* 5,5), que conoce lo que es de Dios, porque escudriña las profundidades de Dios (1 *Co* 2,10), aquel cuya unción todo nos lo enseña, sin que tengamos aun necesidad de aprender algo de otro (cf. *Jn* 2,27), y que no deja de atestiguar a nuestro

espíritu que somos verdaderamente hijos de Dios (*Rm 8,16*)?

En el Espíritu mismo hemos comprendido hasta que punto es cierto que Cristo murió por nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación (cf. *Rm 4,25*), y que en Él tenemos acceso a Dios por la fe reintegrados en nuestra dignidad de hijos de Dios (cf. *Rm 5,2; Hb 10,19*).

El conocimiento místico cristiano no es solamente el conocimiento oscuro del Dios invisible; es, en el encuentro de un amor personal, una experiencia de Dios que se reveló y que nos salvó a fin de hacernos participar en el diálogo del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Y, justamente, en la Trinidad de las Personas es donde Dios se nos revela como “completamente Otro”, y al mismo tiempo como más cerca de nosotros que cualquier otro ser.

Tal es, pues, la felicidad de lo que hemos creído nuestro deber hablar a los Pastores a los cuales lo que más preocupa son las pruebas a que la fe está sometida en nuestros tiempos. Les pedimos su bendición, y continuamos unidos con ellos en una plegaria constante; en comunión con toda la Iglesia, asociados al dolor del mundo, y prosiguiendo ante Dios un diálogo silencioso con esos mismos hermanos nuestros que se mantienen alejados.

Nuestro mensaje no puede concluir sino en acción de gracias. Es el sentimiento que predomina constantemente en aquel que ha experimentado la infinita generosidad de Dios. Pecador perdonado, objeto de la misericordia divina superior a toda esperanza, compartiendo la suerte de los Santos en la Luz (*Col 1,12*), el cristiano no puede permanecer frente a Dios sino repitiendo sin cesar el cántico de acción de gracias: “Porque es bueno, porque eterna es su piedad” (*Sal 136[137]*).

De esta acción de gracias y de esta maravilla hemos querido dar testimonio nosotros mismos, invitando a todos nuestros hermanos a compartirla con nosotros en la esperanza, y a desarrollar los gérmenes de contemplación bienaventurada que están depositados en su corazón.